
Un soldado valeroso ⁽¹⁾

A nuestro esclarecido héroe don Eliseo Calderón Ruiz,
dedico este pequeño trabajo; sea todo en loor y gloria
de tan ínclito varón.

Excmo. Sr.; Sr. Coronel; señores Jefes y Oficiales; compañeros; queridos soldados:

Lucha mi espíritu entre el temor y el deber; de una parte, la loable invitación de mis superiores para reseñar un hecho meritorio de una clase de Artillería, me pone en ocasión propia para rendir tributo de admiración y cariño a uno de los esforzados héroes del Cuerpo, que fulgura en el cielo patrio como estrella de primera magnitud, lo cual me mueve, seduce y alienta a intentar realizar lo demandado; de otra parte, se oponen tenazmente a que tal trabajo emprenda, mi escasa cultura, mi inexperiencia y el temor al más rotundo fracaso, consecuencia lógica de lo expuesto. Esto que termino de mencionar me obsesionó unos días, fluctuando estas ideas en mi mente con intermitencias sucesivas; por fin, recordando que quien no lucha no vence, y que, para un buen militar, nada es más importante y sagrado que el cumplimiento del deber (deber es honrar y enaltecer a un héroe, y más si es compañero), y confiando asimismo en la benevolencia de todos, me decido a hilvanar, o mejor emborronar, estas cuartillas, que son, como el encabezamiento indica, dedicadas a la mayor honra y gloria del valeroso don Eliseo Calderón Ruiz, Sargento que fué de la Comandancia de Artillería de Melilla.

El haber elegido a éste prefiriéndolo a todos los demás héroes que forman la pléyade orgullo de las clases del Real Cuerpo de Artillería, de nuestro Cuerpo, ha sido por considerar marcha en primera línea, sirviendo de faro asaz resplandeciente que, con la luz clara y potente de sus hechos, nos marca el camino a seguir para llegar a la cumbre del

(1) Trabajo premiado en primer lugar en el certamen literario celebrado por el 5.º Regimiento Artillería a pie (Huesca), en la festividad de Santa Bárbara de 1929.

sacrificio, hasta alcanzar la dicha de ser inmolados en el ara santa de la Patria si preciso fuere.

Quisiera, para reseñar la patética escena que nos va a ocupar, poseer la elocuencia de Demóstenes, el más grande orador de todos los tiempos, del enciclopédico Cicerón o de nuestro contemporáneo Castelar; a falta de dotes oratorias, desearía tener una pluma ágil y clara, que permitiera figurar en la estela luminosa del sol homérico; ser, aunque sólo fuera, el último de los secuaces del maestro de los maestros españoles, el gran Cervantes; mas ya que mis deseos no se cumplen, supla mi buena intención las deficiencias que halléis en estas líneas, fruto de quien sencillamente declara no puede dar más, porque no lo posee.

Todos recordaréis lo acaecido en el territorio de Melilla en el año 1921, el episodio de Annual y sus funestas consecuencias. Envalentonados los moros por el resultado del asedio de tan tristemente célebre posición, ebrios de sangre y ávidos de botín, se apresuran a proseguir su matanza y saqueo en todas las demás posiciones y campamentos. ¡Hasta tienen la osadía de pretender entrar en Melilla!

Muerto o desaparecido el Jefe de las fuerzas, como suele ocurrir en tan críticas circunstancias, cunde la alarma y el desaliento en nuestras filas; los indígenas que hasta entonces se llaman nuestros amigos, nos traicionan pasándose a los suyos, superándolos en crueldad. Rápidamente, como si de todos los repliegues y barrancos del terreno salieran a millares los cabileños, llénanse de enemigos los alrededores de nuestros puestos. Uno de ellos, el de Bu-hafora, en el que estaba el Sargento Calderón con su destacamento, se apresta a la lucha; no les arredran ni la superioridad numérica del enemigo, ni sus feroces acometidas. Se defienden como los buenos. Sin duda, el recuerdo de su adorada Patria les trae a la memoria sus glorias pasadas, y pretenden emularlas; con su valor y gallardía ponen de manifiesto que aún corre por las venas de los españoles sangre de titanes, la misma que hizo tan célebres a nuestros invencibles tercios del tiempo de los Austrias; la misma que no ha consentido nunca, y que jamás consentirá, se mancille nuestra santa y gloriosa enseña; la misma, finalmente, que había de hacer vibrar nuestros corazones al oír los relatos de lo allende el Estrecho sucedido, llenándonos de santa indignación, hasta el extremo de estar dispuestos a derramarla para vengarlos. De nada sirvió la tenaz oposición que aquel puñado de valientes opusiera; las fuerzas que guarnecen la posición son insignificantes, por su número, para contener la avalancha enemiga, que, con reiterados y denodados esfuerzos, ataca una y otra vez; muchos de los defensores caen muertos o heridos bajo la lluvia de balas, y al ver que las energías flaquean, que ya no pueden resistir por más tiempo el empuje de los asaltantes, considerándose perdidos, pues

los moros asaltan la posición, según testimonio de algunos supervivientes, el heroico Sargento Calderón toma la firme y decidida resolución de seguir el alto ejemplo de patriotismo iniciado en Sagunto, seguido en Numancia, y después por la inmortal Zaragoza, en la Guerra de la Independencia: morir destruyendo la más preciosa joya que posee, el polvorín, antes que entregarse y entregarlo a quien tan vilmente nos traicionara. Cumple lo pensado: penetra en el polvorín y le prende fuego.

Sucumbe rápida y atrozmente; su sangre, sangre gloriosa de mártir, riega las peñas del recinto que se le encomendara guardar, y una descarga muchísimo más ruidosa y significativa que las que se hacen como honra fúnebre en los entierros, resuena en el espacio. ¡Había muerto! Sí, había dejado la terrena vida en el lugar que con altivo orgullo hiciera tantas veces ondear la Bandera patria. ¿Pero qué significa morir cuando es en holocausto de una causa tan grande como la suya? ¿Qué, cuando se consigue, como él con su explosión, anonadar y suspender al enemigo? Mas, ¡qué estoy diciendo! No, no murió; lo que hizo fué empezar a vivir, sí, a vivir esa vida inmortal que sólo alcanzan los fuertes de corazón, los privilegiados: la vida de la gloria, la inmortalidad. ¿Puede darse hecho más grandioso y sublime? Repárese en él y se verá que no solamente ofrenda su vida en holocausto por la Patria, sino que libra a sus hermanos de múltiples bajas al impedir que los forajidos asaltantes se adueñaran de las municiones, que les resta bríos y bélico ardor, y, por último, que les conmueve si aún tienen una fibra de hombres en su corazón; actos de esta naturaleza siempre admiran todos los mortales, aun los propios enemigos.

¿Y quién era Eliseo Calderón antes de este hecho? Por su naturaleza, palentino, de Berzosilla; por su profesión, ya hemos visto: era militar, y Sargento; por su familia, era hijo de un humilde secretario; y por su persona, he aquí lo que dice quien le conoció: "Cuanto le tratamos recordamos siempre con gusto al Sargento Calderón, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer y dotado de un juicio recto."

Leído lo que antecede, puede comprenderse mejor cómo arraigó en su fortalecida alma, tan sublimemente, el profundo sentimiento del deber militar, cómo pudo hacerse con moral tan elevada que le llevó al mayor de los sacrificios antes de ver en manos de sus mortales enemigos cosa que tanto importaba a sí y a la Patria no cayera. ¿Cabe algo más grande y sublime en patriótico heroísmo? ¿Se puede ofrendar a la madre España, a la excelsa y hermosa matrona, inmensa por su pasado y su porvenir, cuyos hijos se cuentan por centenares de millones, distribuidos en más de cien pueblos extendidos por todos los ámbitos

del orbe, a la que le cupo la dicha de dar a luz un nuevo mundo; se puede dar, repito, algo de más valía? Yo creo que no. Ni la estrofa del poeta, ni la lira del trovador, ni la escultura o pintura del artista, alcanzan a servir a la Patria como lo realiza el que muere por ella; si hay alguno que puede igualarle es el que se sacrifica en el altar divino del progreso y de la ciencia, el que es víctima de un adelanto que ha de dar bienestar a la Humanidad, y, precisamente, aquí se hermanan el sacrificio por la Patria y por la Humanidad.

¿Qué enseñanzas nos reporta la acción realizada por el Sargento Calderón? ¡Ah!, son tantas y tan grandes, que aquí es donde echo de menos mis dotes de escritor. Procuraré mencionar algunas, siquiera sucintamente, en el corto espacio que me queda.

Cuenta el compañero que antes aludí, un día, estando de visita en casa del padre de nuestro héroe, "venerable anciano de origen modesto, encanecido por una vida de trabajo y sufrimiento", le dijo con los ojos inundados de lágrimas: "También yo tuve un hijo Sargento—señalando al retrato que tenía en la sala—, que murió en Africa al volar el polvorín de Bu-hafora"; y, seguidamente, mostróle infinidad de cartas, periódicos y telegramas, en los que de todas las partes de España y por gentes de todas las clases sociales, se le felicitaba por el comportamiento de su hijo. Hace notar dicho camarada que gran número de ellas pertenecían a Jefes, Oficiales y compañeros del finado; este padre, en cuyo corazón podemos afirmar anida el colmo del patriotismo, si es que el patriotismo tiene colmo, es el que a raíz de conocer la muerte de su hijo, hizo publicar en la Prensa la sensacional noticia de que, si le habían matado un hijo, tenía otro en Africa y estaba dispuesto a mandar a un tercero que le quedaba a vengar la sangre derramada por sus hermanos, dando así aliento a los espíritus débiles y encendiendo el entusiasmo en los más esforzados. Helo aquí, cómo, quizá sin saberlo, parodiaba y hacía real la estrofa de un patriota poeta al exclamar: "Y, pues la Patria lo quiere,—lánzate al combate, y muere,—los tuyos te vengarán".

Vemos, pues, como primera y lógica consecuencia, que su valor sirvió para despertar el de los demás, y arrastró tras sí hasta los que parecen más inconsolables habían de mostrarse: sus familiares.

Además del beneficio directo que nos prestó el aumento de valor, como terminamos de ver, existe otro indirecto, cual es el decaimiento del enemigo, pues al contemplar una acción de tan sublime naturaleza, su ardor se abate, pierde las esperanzas de conseguir botín, causa fundamental de sus ataques, y no puede menos de reconcentrar sus pensamientos y entrar en sospechas de si la causa de su contrario será más noble y elevada que la suya.

Muy de tener en cuenta es, también, el camino que nos marca a se-

guir si alguna vez nos hallamos en idénticas o análogas condiciones, a saber: destruir los elementos que puedan servir al enemigo para ser empleados en contra de la Patria. Pensad por un momento los cientos y cientos de vidas que él salvó al no dejar en manos de los moros tan preciado tesoro como es un polvorín en la guerra, y sube en importancia el valor, si consideramos que los asaltantes no tenían fábricas de armas y municiones.

Pero donde aparece colocado en la altura inaccesible de la sublimidad por excelencia, es al considerar el hecho desde el punto de vista de haber contribuido con su sacrificio al bienestar y progreso de sus propios adversarios. Grande es morir por una persona amada; grande, muchísimo mayor, es ofrendar la vida por la Patria o el progreso de la Humanidad; más inmensamente, inconmensurablemente mayor, sin adjetivo que se me ocurra en este momento, y dudo que exista ninguno que pueda expresarlo exactamente, es derramar su sangre por el bienestar de los mismos que van a matarle. Y, no lo dudéis, éste es su caso. ¿Cuál es, decidme, el móvil que a España indujo a ocupar las inhospitalarias tierras marroquíes? ¿No es, acaso, dejando a un lado los derechos geográficos e históricos que se poseen y el temor de que sean ocupadas por otras potencias, el llevar la luz de la civilización, del bienestar y del progreso, y sacarlos de la desorganización, anarquía y barbarie en que se hallan sumidos? Sí, terminantemente lo proclaman así los tratados internacionales; luego, como antes indiqué, él da su vida en bien de sus enemigos.

Finalmente, por mediación de su heroico acto nos dió a conocer cuán inmensa es la influencia que ejerce en un individuo una sana, moral y patriótica educación. Si él llegó a ganar la inmortalidad, fué, no cabe duda, después de saber lo referido por su compañero, y conocer el carácter de su padre, por las sabias y laudables enseñanzas que recibiera en su niñez y juventud, reforzadas luego con las ideas de santo amor patrio que en el cuartel le inculcaron.

Grabad con caracteres indelebles esta acción y su nombre en vuestras memorias; que vuestros corazones latán a impulsos de su valor; levantad un monumento en ellos para perpetuar su gloria y habréis contribuido de algún modo a enaltecer su figura. Creo que obrando así coadyuvaréis a la mayor gloria del Cuerpo de Artillería, y, por tanto, en la gloria de los que fueron, son y serán sus Jefes y sus compañeros, y os honraréis a vosotros mismos.

JOSE ARREGUI
Sargento de Artillería.